

de continuo manan fuego. Estando él allí durmiendo se dice que cogieron un sátiro, cual los escultores y los pintores los representan, y que traído ante Sila, se le preguntó por medio de diversos intérpretes quién era, y como nada articulase con sentido, ni despidiese mas que una voz áspera mezclada del relincho del caballo y del balido del macho cabrío, asustado Sila le hizo soltar conjurando el mal agüero. Estándose ya entendiendo en el embarque de los soldados, manifestó temor Sila de que luego que aportasen á la Italia se dispersarian acá y allá por las ciudades; y ellos juraron que se mantendrian unidos, y que voluntariamente ningun daño causarían en Italia. Despues, considerando que habria menester cuantiosos fondos, le presentaron y ofrecieron todo lo que cada uno tenia ahorrado; mas Sila no admitió aquellas primicias, sino que aplaudiéndolos y confirmandolos en su adhesion á él, partió alentadamente, segun él mismo dice, contra quince Generales contrarios que mandaban cuatrocientas y cincuenta cohortes, por significarle el Dios con la mayor claridad la ventura que le aguardaba. Porque sacrificando en Tarento inmediatamente despues de su arribo, se vió que la extreimidad del hígado presentaba la figura de una corona con dos cintas que de ella pendían; y poco despues del desembarco en la Campania junto al monte Hefeo se vieron por el dia dos machos grandes de cabrío acometerse, y hacer y padecer todo lo que acontece á los hombres cuando pelean. Fue solo una apariéncia; la que levantada un poco de la tierra se esparció por el aire en diversas partes parecidas á unas imágenes muy débiles, y luego se desvaneció enteramente. Despues, al cabo de poco tiempo, congregando en aquel mismo lugar Mario el jóven y el Cónsul Norbano considerables fuerzas, Sila sin formar su tropa, ni distribuirla convenientemente, y sin mas que el vigor y

el ímpetu que su misma decision dió á los soldados, desbarató á los enemigos, y encerró á Norbano en la ciudad de Capua, habiéndole muerto siete mil hombres. Esto dice haber sido causa de que no se disolviese su ejército, diseminándose por las ciudades, sino en que se mantuviese unido, mirando con desprecio á los enemigos, sin embargo de que eran en mucho mayor número. En Silvio dicen que por divina inspiracion se le presentó un esclavo de Poncio anunciándole de parte de Belona la superioridad en la guerra y la victoria, y que si no se daban priesa arderia el Capitolio; lo que así sucedió el mismo dia que habia predicho, que fue un dia antes de las nonas Quintiles, que ahora llamamos Julias. Ademas de esto, hallándose Marco Lúculo, uno de los Generales del partido de Sila, en las cercanías de Fidencia con solas once cohortes, al frente de cincuenta que tenían los enemigos, él bien confiaba en el valor de sus soldados; pero se detenía porque la mayor parte estaban desarmados. Hallándose pues perplejo y pensativo trajo el viento de la llanura vecina en que habia unos prados muchas flores, y las arrojó y esparció sobre los escudos y cascos de los soldados, pareciéndoles á los enemigos que se habian puesto coronas; y ellos cobrando con esto nuevo ardor, se arrojaron al combate, del que salieron vencedores, dando muerte á diez y ocho mil hombres y tomando el campamento. Este Lúculo era hermano del otro Lúculo, que mas adelante derrotó y exterminó á Mitridates y á Tigranes.

Sila, viéndose todavía estrechado por todas partes de sus enemigos con muchos ejércitos y numerosas tropas, hizo por atraer á la paz, parte por la fuerza, y parte por engaño al otro Cónsul Escipion. Habiéndole dado este entrada tenían conferencias y frecuentes juntas, buscando siempre Sila algun motivo de dilacion y algun pretexto; y en tanto ganó

á los soldados de Escipion por medio de los suyos, ejercitados en toda falsedad y lagotería como su General. Porque entrando dentro del campamento de los enemigos, y mezclándose en medio de ellos, al punto se atraieron á unos con dinero, á otros con promesas, y á otros con lisonjas y halagos. Finalmente presentándose Sila allí cerca con veinte cohortes, saludándole se pasaron á él, y quedándose Escipion solo en su tienda, hubo de conformarse: mientras Sila, habiendo cazado con sus veinte cohortes, como con otras tantas aves mansas, las cuarenta de los enemigos, las condujo todas á su campamento: así se cuenta haber dicho Carbon que peleaba en Sila con un leon y una raposa alojados en su alma; pero la que mas le incomodaba era la raposa. A este tiempo Mario, que tenia en Signio ochenta y cinco cohortes, provocaba á Sila á una batalla; y este admitia gustoso el combatir en aquel mismo dia, porque habia tenido entre sueños esta vision. Parecióle que el viejo Mario, ya difunto tiempo antes, exhortaba á Mario su hijo á que se guardara del dia que entraba, porque le traia un grande infortunio: por tanto Sila estaba pronto para la batalla, y envió á llamar á Dolabela, que estaba acampado á alguna distancia; pero como los enemigos le tomasen los caminos y le cerrasen el paso, los soldados de Sila llegaron á cansarse de combatir y andar; y cayendo al mismo tiempo mientras así trabajaban una gran lluvia, esto acabó de estropearlos. Dirigiéndose pues los Tribunos á Sila le pedian que dilatase la batalla, mostrándole á los soldados quebrantados de la fatiga, y tendidos por el suelo reclinados sobre los escudos. Hubo de condescender muy contra su voluntad; y dada la señal de hacer alto, cuando empezaban á formar el valladar y abrir el foso, delante del campamento se presentó con arrogancia Mario, yendo el primero en su caballo, en

el concepto de que los desbarataria hallándolos desordenados. Entonces su Genio dió cumplida á Sila la palabra que le anunció en sueños, porque su colera pasó á los soldados, y suspendiendo las obras, dejadas las picas clavadas en el foso, desenvainaron las espadas, y con grande algazara se trabaron con los enemigos; mas estos no aguantaron mucho tiempo, sino que dieron á huir, y se hizo en ellos una horrible carnicería. Mario huyó á Preneste; pero ya encontró cerradas las puertas; y echándole de arriba una cuerda, se la ciñó al cuerpo, y así lo subieron á la muralla. Algunos dicen, y de este número es Fenestela, que Mario ni siquiera tuvo la menor noticia de la batalla, sino que habiéndose recostado en tierra bajo una sombra, á causa de sus muchas vigiliás y fatigas, al tiempo de hacerse la señal del combate le cogió el sueño, y apenas despertó cuando todos habian dado á huir. Dicese que Sila no perdió en esta batalla mas que veinte y tres hombres, habiendo muerto á cuarenta mil de los enemigos, y apresado vivos ochenta mil. Con igual felicidad le salió todo lo demás por medio de sus Generales, Pompeyo, Craso, Metelo y Servilio, pues sin vacilar poco ó nada destrozaron fuerzas muy considerables de los enemigos; de manera que Carbon, que habia sido el principal apoyo de la faccion contraria, abandonando de noche su ejército se embarcó para el Africa.

En el último combate, como atleta que entra de refresco contra el que está cansado, estuvo en muy poco que el Sámnite Telesino no lo derribase y destruyese á las mismas puertas de Roma; porque allegando mucha gente en union con Lamponio Lúqués marchó con celeridad sobre Preneste, con el intento de sacar del cerco á Mario; pero habiéndose enterado de que tenía á Sila por el frente y á Pompeyo por la espalda, dirigiéndose ambos á toda priesa

contra él, encerrado de una y otra parte, como buen guerrero, egercitado en muchos combates, levanta su campo por la noche, y marcha con todas sus fuerzas contra Roma. Faltó muy poco para que la sorprendiese sin ninguna guardia; y estando á diez estadios de la puerta Colina, allí se fijó, amenazando á la ciudad, lleno de presuncion y de esperanzas por haber burlado á tantos y tan acreditados Generales. En la madrugada, habiendo salido contra él á caballo lo mas escogido de la juventud, dió muerte á muchos, y entre ellos á Apio Claudio, varon insigne en linage y en virtud. Siendo grande como se deja conocer la confusion de la ciudad, y muchos los lamentos y las carreras, el primero que se alcanzó á ver fue Balbo, enviado por Sila á todo escape con setecientos caballos; y no dando mas tiempo que el preciso para que se les quitase el sudor, volvió á ensillar á toda priesa, y se fue en busca de los enemigos. En esto ya se descubrió Sila, y dando al punto orden á los principales para que se diese un rancho, formó en batalla. Rogáronle con instancia Dolabela y Torcuato que se detuviese y no aventurase el resto, teniendo la gente tan fatigada, pues los que ahora se le oponian no eran Carbon y Mario, sino los Sámmites y Lucanos pueblos enemigos encarnizados de Roma y muy belicosos; pero apartándolos de sí mandó que las trompetas dieran la señal de investir, cuando vendrian ya á ser las diez del dia. Trabóse un combate como el que nunca otro; y la derecha mandada por Craso alcanzó al punto la victoria; mas como la izquierda sufriese y llevase lo peor, fue Sila en su socorro en un caballo blanco que tenia muy alentado y ligero. Conociéndole por él dos de los enemigos tendieron sus lanzas para arrojárselas. El mismo Sila no lo advirtió; pero su asistente dió con el látigo al caballo, y este se adelantó lo preciso para que alcanzando

las puntas á dar en la cola, cayesen y se clavasen en tierra. Dicese que teniendo Sila un idolito de Apolo tomado en Delfos, le traia siempre consigo en el seno en las batallas, y que en aquel trance le besó diciendo: » ó Apolo Pitio, tú que de tantos combates sacaste triunfante y glorioso á Cornelio Sila, » el feliz, ¿ lo habras traído ahora aquí á las puertas de la patria para arrojarle á que perezca vergonzosamente con sus conciudadanos? » Hecha esta plegaria se dice que exhortó á unos, amenazó á otros, y á otros los cogió del brazo; mas que finalmente mezclado con los que huian, se refugió al campamento, habiendo perdido á muchos de sus amigos y deudos. No pocos tambien de los que habian salido de la ciudad á ver la accion perecieron y fueron pisoteados; de modo que daban por perdida la patria, y estuvo en muy poco que no hiciesen alzar el cerco de Mario: porque los que de la revuelta fueron allá á parar excitaban á Lucrecio Ofela, encargado de estrechar el sitio, á que levantara sin dilacion el campo, teniendo por muerto á Sila, y á Roma por presa de los enemigos. sup. rebon. 112

Siendo ya muy alta noche vinieron al campo de Sila de parte de Craso á pedir raciones para él y para sus soldados; porque luego que venció á los enemigos, persiguiéndolos hasta Antenna, puso allí cerca su campo. Sila con esta noticia, y con la de que habian perecido la mayor parte de los enemigos, pasó al amanecer á la misma Antenna; y presentándosele tres mil de estos en legacion, les ofreció darles inmunidad si volvian á él despues de haber causado algun daño á los otros enemigos. En esta confianza acometieron á los restantes, y murieron muchos á mano unos de otros; mas á aquellos mismos, y á los que pudo haber de los otros, en todo hasta unos seis mil, los encerró en el Hipódromo, y convocó el Senado para el templo de Be-

lona. Al mismo tiempo de tomar él la palabra para hablar al Senado los que tenían la orden dieron muerte á los seis mil. Levantóse una horrorosa gritaría, como era natural, siendo asesinados tantos en un recinto estrecho; y como los Senadores se asustasen, del mismo modo que estaba hablando, no alterándose ni mudándosele el semblante, les mandó que atendiesen á lo que decia, sin meterse en las cosas de afuera; porque aquello no era mas que un aviso hecho de su orden á algunos perversos. Esto hizo conocer, aun al menos despierto de los Romanos, que habian mudado de forma de tiranía, pero no la habian sacudido: pues al cabo Mario, habiendo mostrado dureza desde el principio, con el poder la aumentó, pero no mudó de caracter; y Sila, que habia empezado á usar suave y políticamente de su fortuna ganando concepto de un General popular y benigno, y que era ademas divertido desde joven, y blando á la compasion, pues lloraba con mucha facilidad, se pudo sospechar que recibió aquella tan extraña mudanza de la misma grandeza de su poder, que no le dejó permanecer en sus antiguas costumbres, sino que las convirtió en feroces, soberbias é inhumanas. Mas si esto fue variacion y mudanza causada en su índole por la fortuna, ó mas bien manifestacion que hizo el poder de la perversidad que antes abrigaba en su corazon, seria de otra investigacion el definirlo.

Dado ya Sila desenfrenadamente á la carnicería, en términos de llenar la ciudad de asesinatos que no tenían número ni fin, siendo muchos sacrificados á enemistades particulares que en nada le tocaban, solo por condescendencia y complacencia hácia los que le hacian la corte, uno de los jóvenes, Cayo Metelo, tuvo resolucion para preguntarle en el Senado ¿cuál seria el término de los males, y hasta dónde hacia ánimo de llegar, para poder esperar que ce-

sarian tantas desgracias? » Porque te pedimos, continuó, no que libres de la pena á aquellos con quienes te has propuesto acabar, sino de la incertidumbre á los que piensas queden salvos. » Respondiendo Sila que aun no sabia á quiénes dejaria; repuso Metelo, pues decláranos á quiénes has de castigar; á lo que contestó Sila que así lo haria. Algunos son de opinion que no fue Metelo, sino un tal Aufidio de aquellos que por adulacion frecuentaban la casa de Sila el que dijo esto último. Sila pues proscribió al punto ochenta, sin tratarlo con ninguno de los que egercian magistraturas; y como muchos se horrorizasen de ello, dejando pasar solo un dia, proscribió doscientos y veinte, y al tercer dia un número no menor; y hablando en público sobre esto mismo dijo que habia proscrito á aquellos que le habian venido á la memoria, y que para los olvidados habria otra proscripcion. Impuso ademas al que recibiese y salvase á uno de los proscritos, como pena de su humanidad, la de muerte, sin hacer excepcion ni de hermano, ni de hijo, ni de padres; y al que los matase señaló el premio de dos talentos por tal asesinato, aunque el esclavo matase á su señor, y al padre el hijo; pero lo que pareció mas injusto que todo lo demas fue haber condenado á la infamia á los hijos y nietos de los proscritos, y haber publicado sus bienes. Proscribíase no solo en Roma, sino en todas las ciudades de Italia: no estando inmunes y puros de esta sangrienta matanza, ni los templos de los Dioses, ni los hogares de la hospitalidad ni la casa paterna; sino que los maridos eran asesinados en los brazos de sus mugeres, y los hijos en los de sus madres. Y los entregados á la muerte por encono y enemistades eran un número muy pequeño respecto de los proscritos por sus riquezas: así hablándose de los que perecian, como cosa corriente se decia á este le perdió su magnífi-

ca casa, á aquel su huerta, al otro las aguas termales. Quinto Aurelio, hombre retirado de negocios, y á quien de aquellos males no cabia mas parte que la que por compasion pudiera tomar en los de algunos que sufrían, yendo á la plaza, leyó la tabla de los proscritos, y hallando su nombre, ¡miserable de mí! exclamó, lo que me persigue es mi campo del monte Albano; y á pocos pasos que habia andado fue muerto por uno que iba en su seguimiento.

En esto Mario, estando ya para caer prisionero, se dió á sí mismo muerte; y Sila, pasando á Preneste, al principio los juzgaba y castigaba de uno en uno; pero despues no estando de tanto vagar, los reunió en un punto á todos, que eran doce mil, y mandó que los pasaran á cuchillo, no perdonando á otro que á su huesped; pero este le respondió con grandeza de alma que por amor á la vida no sobreviviría á la ruina de la patria; y mezclándose voluntariamente con sus conciudadanos pereció con ellos. Lo que pareció cosa nueva y terrible fue el hecho de Lucio Catilina; porque este, habiendo dado muerte á su hermano cuando todavía los negocios públicos estaban indecisos, pidió despues á Sila que lo proscribiese como si estuviere vivo, y lo proscribió. Para mostrarse luego agradecido á este favor dió muerte á un Marco Mario de la faccion contraria, y llevando la cabeza á presentársela á Sila, que despachaba en la plaza, marchó desde allí al purificatorio de Apolo, que estaba cerca, y se lavó las manos.

Aun fuera de tantas muertes ofendia por todo lo demas con su conducta; porque se nombró dictador á sí mismo, reproduciendo esta magistratura al cabo de ciento y veinte años: se decretó igualmente á sí mismo la inmunidad por todo lo hecho, y para en adelante el derecho de muerte, de con-

fiscacion, de enviar colonias, de talar ciudades, y de dar y quitar reinos á quien quisiera. En las sustras de las casas confiscadas se condujo con tal insolencia y despotismo, aun despachando en el tribunal, que mas todavía que los despojos incomodaban las donaciones que de los bienes hacia: dando á mugeres bien parecidas, á guitarristas, á histriónes, y á lo mas inmundo de la gente de condicion libertina los campos de los pueblos enteros, las rentas de las ciudades, y aun á algunos el matrimonio violento de mugeres casadas. Asi queriendo enlazar con Pompeyo Magno, le hizo dejar la muger que tenia, y le unió con Emilia, hija de Escauro y de su propia muger Metela, separándola de Manio Glabrio estando en cinta; pero esta joven murió de parto casada ya con Pompeyo. Aspiraba al consulado Lucrecio Ofela, el que tuvo sitiado á Mario, y se presentó á pedirlo; á lo cual desde luego se opuso Sila; pero como aquel bajase á la plaza asistido y protegido de muchos, enviando un Centurion de los que tenia cerca de sí mandó le quitará la vida, sentado en el tribunal, y poniéndose desde arriba á ser espectador de aquel asesinato. Prendieron los ciudadanos al Centurion, y le llevaron á presentar ante el tribunal; mas Sila les impuso silencio, diciendo que habia sido de su orden, y mandó que á aquel le dejaran libre.

Su triunfo fue ostentoso por la riqueza y novedad de los regios despojos; pero lo que dió mas magnificencia y realce á aquel espectáculo fueron los deserrados; porque los mas ilustres y autorizados de los ciudadanos precedian con coronas, apellidando á Sila salvador y padre, pues por él habian vuelto á la patria, y habian recobrado sus hijos y sus mugeres. Cuando todo se hubo concluido, haciendo en junta pública la apologia de sus sucesos, no enumeró con menor cuidado los que creia deber á la fortuna

que los que eran obra de su valor; y al concluir, mandó que se le diera el sobrenombre de afortunado: porque esto es lo que principalmente quiere significar la voz latina *felix*. Cuando escribía á los Griegos ó despachaba sus negocios, se daba á sí mismo el título de Epafrodito ó venusto; y entre nosotros está su nombre escrito así en los trofeos: *Lucio Cornelio Sila Epafrodito*. Aun mas: habiendo dado á luz Metela dos gemelos varon y hembra, á aquel le puso el nombre de Fausto, y á esta el de Fausta; porque los Romanos llaman fausto á lo dichoso y plausible: y era tanto mayor la confianza que ponía en su feliz suerte, que en sus propias acciones, que con haber hecho morir á tantos, y haber causado en la ciudad tanto trastorno y mudanza, abdicó la dictadura, y dejó al pueblo árbitro y dueño de los comicios consulares, y no se puso al frente, sino que anduvo por la plaza como un particular, esponiendo su persona á los atropellamientos é insultos; sin embargo de que apenas podia dudarse iba á ser elegido contra su opinion Marco Lépido, hombre resuelto y belicoso; no por aficion á él sino por miramiento del pueblo hácia Pompeyo que lo soliciaba, é intercedia en su favor. Por esta razon, viendo Sila que Pompeyo se retiraba de la plaza muy contento con esta victoria, llamándole aparte, le dijo: «Bella eleccion has hecho, ó joven! has ido á nombrar á Lépido antes que á Cátulo: al hombre mas necio, antes que al mas virtuoso de todos. Mira por tí no te duermas, despues de haber hecho mas poderoso que tú á tu antagonista;» en lo que parece que adivinó Sila; porque bien pronto, insolentándose Lépido contra él, le hizo la guerra.

Consagró Sila á Hércules el diezmo de toda su hacienda, y daba al pueblo banquetes sumamente costosos, siendo tan excesivas las prevenciones, que todos los dias se arrojaba al rio gran cantidad de man-

jares, y se bebía vino de cuarenta años; y mas añejo todavía. En medio de uno de estos convites, que se prolongó por varios dias, murió de enfermedad Metela; y como los pontífices no permitiesen á Sila que entrase á verla, ni que la casa se contaminase con el funeral, le envió por escrito el desistimiento de su matrimonio; y en vida todavía mandó que la trasladaran á otra casa, en lo que guardó escrupulosamente por supersticion lo prevenido en la ley; pero en cuanto á las impensas del entierro no se contuvo dentro de los términos de la que él mismo habia establecido, no perdonando gasto alguno. Traspasó tambien lo que habia prescrito en otra ley acerca de la profusion en los banquetes, procurando templar el llanto con festines y francachelas de mucho regalo y festejo. Hubo de allí á pocos meses espectáculo de gladiadores; y cuando no estaban todavía distribuidos los asientos, sino que hombres y mugeres se hallaban mezclados y confundidos en el teatro, casualmente le cupo estar sentada junto á Sila á una muger al parecer decente y de casa principal. Era efectivamente hija de Mesala, hermana de Hortensio el orador, de nombre Valeria, y hacia poco que se habia separado de su marido. Al pasar por detras de Sila alargó hácia él la mano, y arrancando un hilacho de la toga, se dirigió á su puesto. Volviéndose Sila á mirarla con aire de extrañeza, nada hay de malo, le dijo, ó General, sino que quiero yo tambien tener alguna partecita en tu dicha. Oyólo Sila con gusto, y aun se echó de ver claramente que le habia hecho impresion, porque al punto se informó reservadamente de su nombre, y averiguó su linage y su conducta. Siguiéronse despues ojeadas de uno á otro, frecuente volver de cabeza, recíprocas sonrisas, y por fin palabra y conciertos matrimoniales, de parte de ella quizá no vituperables; pero Sila, aunque por lo demas se enlazó con una

muger de conducta é ilustre, el origen de este enlace no fue modesto ni decente, dando lugar á que se dijese que se habia dejado enredar como un mozuelo de una mirada, y un cierto gracejo de que suelen originarse las pasiones mas desordenadas y vergonzosas.

Con tener á esta en casa, hacia mala vida con cómicas, con guitarristas y con hombres de la escena, bebiendo con ellos desde antes del anochecer, recostados en lechos; porque estos eran entonces los que gozaban de todo su favor: Roscio el cómico, Sorix, gefe de los histriones, y el disoluto Metrobis, cuyos amores conservó siempre sin negarlos, aun despues que este estuvo fuera de edad. De aqui fue el fomentar sin advertirlo una enfermedad que empezó de ligera causa, habiendo ignorado por largo tiempo que tenia dañadas las entrañas: enfermedad que habiendo viciado la carne, la convirtió toda en piojos; de manera que con ser muchos los que de dia y de noche se los quitaban, nada eran los quitados para los que de nuevo sobrevenian; sino que las ropas, el baño, lo que se empleaba para limpiarle y hasta la comida misma, todo se llenaba de aquella podredumbre y corrupcion: ¡tanto era lo que cundia! Asi muchas veces al dia se metia en el agua, lavando el cuerpo y limpiándolo; pero de nada servia, porque en prontitud ganaba la mudanza, y la muchedumbre vencia á toda diligencia. Dicese que entre los mas antiguos murió de piojos Acasto hijo de Pelias, y mas modernamente Alcman el poeta: Ferecides el Teólogo y Calistenes de Olinto, estando en la cárcel, y ademas Mucio el Jurisconsulto; y si se ha de hacer mencion de personas en sí ruines, pero que de algun modo se hicieron conocidas, refiérese igualmente que el fugitivo que empezó en Sicilia la guerra servil llamado Euno, traído á Roma despues de cautivo, murió tambien de piojos.

Sila no solo previó su muerte, sino que en cierta manera escribió acerca de ella; porque acabó de escribir el libro vigésimo segundo de sus comentarios dos dias antes de morir; y dice haberle predicho los Caldeos que despues de haber tenido una vida ilustre y señalada falleceria en el colmo de sus felicidades. Dice asimismo que un hijo suyo, muerto pocos dias antes de Metela, se le apareció entre sueños, presentándose con una vestidura pobre, y le rogó se dejara ya de cuidados; sino que yendo con él adonde estaba su madre Metela, viviese con esta en quietud y sin afanes. Mas no por esto se abstuvo de intervenir en los negocios públicos; porque diez dias antes de su fallecimiento reconcilió á los de Puteolos que andaban revueltos é inquietos entre sí, y les dió ley segun la que se gobernasen; y un dia antes, habiendo entendido que el empleado Granio, deudor á los caudales públicos, no pagaba, sino que aguardaba á que él muriese, lo mandó llamar á su cuarto, y alli en su presencia hizo que los ministros lo sofocasen; y rompiéndosele con las voces y el acoloramiento la apostema, arrojó cantidad de sangre. Faltáronle con esto las fuerzas; y pasando con gran fatiga la noche, murió dejando de Metela dos hijos pequeños; y Valeria despues de su muerte dió á luz una niña, á la que pusieron el nombre de Postumia: porque asi llaman los Romanos á los hijos que nacen despues de la muerte de sus padres.

Unieronse y confabularonse muchos con Lépidio para privar su cadáver del funeral establecido; pero Pompeyo, aunque resentido con Sila, porque de los amigos á él solo le olvidó en el testamento, apartando á unos con su presencia y sus ruegos, y con amenazas á otros de aquel intento, acompañó el cuerpo hasta Roma, y concilió á las exequias seguridad y respeto. Dicese haber traído á ellos las mugeres tal cantidad de aromas, que sin contar los que se lleva-

ban en doscientos y diez canastos se modelaron un retrato del mismo Sila bastante grande y otro de un lictor de un incienso y cinamomo muy preciosos. Fue el día desde la mañana muy nubloso, y temiéndose que llovería, no movió el entierro hasta las nueve; pero soplando un viento bastante fuerte en la hoguera y levantando mucha llama, apresuró el que el cuerpo se consumiese; y cuando ya la pira se apocaba, y el fuego iba á apagarse, cayó una copiosa lluvia que duró hasta la noche: de manera que parece haber querido la fortuna permanecer con su cuerpo hasta darle tierra. Su sepulcro está en el campo Marcio; y la inscripcion se dice haberla dejado él mismo: viniendo á reducirse, á que nadie le habria ganado ni en hacer bien á sus amigos ni mal á sus enemigos.

Pues que hemos referido la vida de este, pasemos al juicio comparativo. El haberse debido á sí mismos sus adelantamientos, desde el principio hasta llegar á la mayor grandeza, fue comun á ambos; de Lisandro fue propio haber recibido cuantos mandos tuvo de la espontánea voluntad de sus ciudadanos, estando bien constituida la república, sin haberlos violentado en nada, ni haber tenido poder fuera de la ley. Pero

En las revueltas suele al mas perverso

Caber mas parte del injusto mando:

como en Roma entonces que viciado el pueblo y estragado el gobierno, se levantaban poderosos por diferentes medios y caminos, y nada tenia de extraño que Sila dominase, cuando los Glauquias y los Saturninos arrojaban de la ciudad á los Metelos; cuando los hijos de los Cónsules eran asesinados en las juntas públicas; cuando se apoderaban de las armas los que al precio del oro y de la plata compraban los soldados; y cuando con el hierro y el fuego se dictaban las leyes, acabando con los que contradecian. No me quejo pues de que hubiese quien en tal estado procurase arrebatarse el supremo poder; pero tampoco pongo por señal de haber sido el mejor el haberse hecho el primero, cuando tan oprimida se hallaba la ciudad. El que en Esparta, que entonces florecia en prudencia y buen gobierno, fue elevado á los mayores mandos, y empleado en los mas arduos negocios, probablemente fue entre los mejores el mejor, y entre los primeros el primero. Por tanto el uno, restituyendo muchas veces la autoridad á sus ciudadanos, muchas veces la volvió á tomar, porque siempre el honor debido á la virtud conservó la preferencia; cuando el otro, nombrado una vez General de ejército, por diez años continuos,